

Reino Unido; y aunque el príncipe regente hubiese ofrecido dejar la cuestión indecisa, lord Grenville y lord Grey rechazaron las aberturas en tal sentido de un modo altanero. De consiguiente no cabía transacción alguna; mas la situación era tan extremada que el menor revés de las armas británicas debía hacer sucumbir la política de la guerra. Así, á pesar de las ventajas de los ingleses en España y de las contrariedades que allí habíamos sufrido, llevando las fuerzas á este punto, en vez de obstinarse en precipitadas al abismo del Norte, aun podía Napoleón conseguir que propendiese á la paz la política de Inglaterra. Un solo descalabro que se la hiciera sufrir bastaba, y así la coyuntura del año anterior no se había aun malogrado del todo; tanto parecía que se apresuraba Inglaterra á compensar los errores de Napoleón con los suyos. ¡Espectáculo singular el del mundo! ¡Con frecuencia no es mas que un asalto de faltas, en el cual no sucumbe sino el que mas comete! Y en estas faltas incurren los gobiernos mas hábiles á menudo, cuando la pasión se apodera de ellos, pues el talento no es nada donde la pasión predomina.

Aunque Napoleón cerrase los ojos ante tal estado de cosas, comprendió que, obstinándose Inglaterra en hacer sufrir á los americanos toda clase de vejaciones, le convenia atraérselos con tratamientos diametralmente contrarios. Algunas mas vejaciones por una parte, algunas mas facilidades por otra, y América se encontraría en hostilidades con Inglaterra, lo cual era un resultado de suma importancia. Toda la dificultad estribaba en conceder á los americanos las ventajas comerciales en armonía con sus deseos, sin aflojar en el bloqueo

continental á pesar de todo. Para obviar este inconveniente no les quiso conceder Napoleón al principio mas que la facultad de comerciar con las licencias expedidas á los negociantes, de quienes estaba seguro. Siendo para ellos estas licencias una traba de las mas incómodas, renunció á este sistema, bien que señalándoles los puertos de América, de donde podían partir, y los puertos de Francia, adonde debían llegar. Concentrando la vigilancia en un corto número de puntos, esperaba poder impedir el fraude. Finalmente, para proteger á Lion y Burdeos, fué su voluntad que los buques americanos tuviesen obligación de traer á Francia cierta cantidad de sedas y vinos. Estas restricciones desagradaron en América singularmente, y se escribió desde todas partes que se necesitaba otra cosa para que el gobierno de la Union se separase de Inglaterra y se volviese definitivamente hácia Francia. Mr. Collin de Sussy, ministro de Comercio, ideó un sistema que, dando satisfacción á los americanos, precavia los inconvenientes de su libre entrada en nuestros puertos; propuso la supresion de todas las trabas que inspiraban las quejas, y admitir libremente á los americanos, rechazando tan solo los azúcares y los cafés, cuyo origen no podia reconocerse, y que eran casi exclusivamente ingleses, bien que recibiendo en cambio los algodones, cuya procedencia era fácil de comprobar, así como las maderas, los tabacos y otras materias de que necesitábamos y que venian de América sin disputa. Siempre desconfiando Napoleón y propenso á ceder poco para tener mucho, no admitió desde luego las proposiciones de Mr. de Sussy, si bien disminuyó



en cierto modo las trabas de que se quejaban los americanos, é hizo partir á Mr. Serurier para Filadelfia, á fin de prometerles la mas lata admision en Francia, si rompian definitivamente con Inglaterra. Se lisonjeaba de consiguiente, y las resultas probaron que no se engañaba, de tener la alianza de América contra Inglaterra dentro de pocos meses.

No limitó á esto los esfuerzos de su diplomacia en perspectiva de la nueva guerra. Aun cuando se hallaba muy irritado con Suecia, al aproximarse la crisis, prestó Napoleon oidos á algunas insinuaciones, procedentes de Estokolmo, segun todas las probabilidades, trasmitidas por la esposa del príncipe Bernadotte, hermana de la reina de España. Esta princesa manifestábase desconsolada por la ruptura que amenazaba estallar entre Suecia y Francia, y no habia querido partir de París hasta este instante. Al parecer se insinuaba que Mr. Alquier se habia dado mala maña; que no habia sabido contemplar la susceptibilidad del príncipe real; que éste nada anhelaba mas que aliarse con Francia, si se le suministraban razones ventajosas y honrosas: que su condescendencia respecto del comercio clandestino provenia simplemente del mal estado de la hacienda sueca: que este comercio producía rentas de aduanas con las cuales se vivía en Estokolmo, y que si Francia queria que Suecia pudiese tener tropas en pie de guerra, forzoso era que le proporcionase un subsidio; que bajo esta condicion el príncipe cerraría sus puertos á los ingleses, y suministraría un ejército á Francia contra Rusia. Mucho dudaba Napoleon de la sinceridad de estas aberturas, mas podia acontecer

que Bernadotte, cuyas proposiciones fueron oidas con reserva por Rusia é Inglaterra (circunstancia de que en París se tenia conocimiento), se sintiera inclinado á volverse hácia Francia, y de ningun modo convenia rechazar á tal aliado, pues seria de provechosisima diversion contra el enemigo un ejército sueco marchando sobre Finlandia, al par que un ejército francés marchaba sobre Lithuania. Asi por conducto de la princesa real hizo proponer á Bernadotte unirse á Francia, y dirigir treinta ó cuarenta mil hombres contra Finlandia, y en cambio le prometió no tratar con el emperador Alejandro sin forzarle á restituir esta provincia á Suecia. En lugar del subsidio que no podia darle, consentía Napoleon en permitir entrar y vender por Stralsund veinte millones de géneros coloniales, cuyo precio seria inmediatamente pagado por el comercio. Una persona intermedia, señalada por la princesa real, fué autorizada á partir sin demora para llevar estas condiciones á Estokolmo.

Mientras atendia á estos cuidados, seguía Napoleon con la vista la marcha de sus tropas. Acababa de terminar marzo, y hasta ahora todo salía á medida de su deseo. Invadida habia sido la Pomerania sueca por una de las divisiones del mariscal Davout, la del general Friant, y despues de echar mano á los residuos del contrabando organizado por los suecos, dirigióse á Stettin sobre el Oder. Mas allá habia avanzado la division de Gudin, tomando posicion en Stargard, y teniendo delante la caballería del general Bruyere por el camino de Danzick. Se habia establecido la division de Desaix en Custrin junto al Oder, teniendo



su caballería ligera en Landsberg y en dirección de Thorn. Con las divisiones de Morand y Compans y con los coraceros agregados á su cuerpo de ejército, se habia aproximado el mariscal Davout al Oder, y estaba pronto á cruzar á la primera señal este río. Sus tropas habian marchado ordenadamente, despacio, observando una disciplina rigurosa y provistas de todo por el gobierno prusiano, que, á la vista de aquellos soldados formidables, se apresuraba á satisfacer los compromisos contraídos con su soberano. Despues de concentrarse en Munster el mariscal Oudinot, se habia escalonado sobre el camino de Berlin, y habiase dirigido el mariscal Ney de Maguncia á Erfurt, de Erfurt á Torgau junto al Elba. Pasado habian el Oder los sajones. Trasponiendo los Alpes con su ejército el virey de Italia, habia cruzado la Baviera, incorporándose los bávaros y llegado casi hasta el Oder. En observancia de las órdenes imperiales, los oficiales de todas las graduaciones habian ido á la cabeza de los soldados, manteniendo la disciplina en sus tropas, y enfrenando su lengua cuanto les era posible, si bien no lo conseguian siempre. En el cuerpo del mariscal Ney y del príncipe Eugenio se cometian lamentables excesos, ya porque, necesitando atravesar mayor distancia, experimentasen privaciones de que se desquitaban á expensas de los países donde sentaban la planta, ya porque estuviese menos preparado á recibirlos el camino que se les habia señalado. Por lo demas se proporcionaron descansos frecuentes, de modo que cada cuerpo tuvo espacio para unirse al que no habia podido seguir, y la cola se estrechaba siempre sobre la cabeza. Una

inmensa reata de carros, y tal como jamás se vió en época alguna, marcaba la huella de nuestras columnas mucho tiempo despues de su paso.

Hasta ahora nada se habia oído decir del Níemen, y ningun rumor anunciaba que este vasto despliegue de fuerzas, ya evidente á los ojos de todos, hubiese provocado á los rusos á tomar la iniciativa. De consiguiente Napoleón, en conformidad de su plan, prescribió un nuevo movimiento á sus tropas á principios de abril para empujarlas del Oder al Vistula con intencion de proporcionarlas allí un nuevo descanso, y de aguardar las tres cosas que estaba resuelto á aguardar pacientemente en esta gigantesca marcha, la union de sus columnas, la llegada de sus carros y el progreso de la vegetacion (1).

Ordenó el mariscal Davout que se dirigiera sobre el Vistula con sus cinco divisiones y toda su caballería; al mariscal Oudinot que entrara en Ber-

(1) Juzgando escritores mal informados, por la serie de los sucesos de la campaña, que las estaciones comenzaron mas tarde, han atribuído á otras causas que las verdaderas la lentitud de los movimientos de Napoleón. Por ejemplo, han pretendido que los asuntos interiores, especialmente la carestía, le retuvieron en Paris, y causaron los desastres de 1812 con el retraso en abrir la campaña. Error craso. Sabiendo Napoleón por experiencia cómo consumen y diezman las tropas las marchas lejanas, queria cruzar lentamente el espacio del Rhin al Vistula, terminar la organizacion de sus carros, y más que nada hallar sobre la tierra el alimento de los ciento cincuenta mil caballos que llevaba consigo. Su correspondencia y sus órdenes no dejan duda alguna sobre esto. Respecto de la carestía no tenia que hacer nada y no ejerció ninguna influencia sobre sus operaciones militares.



lin con el mayor aparato militar, detenerse allí un momento y encaminarse al Oder de seguida; á los sajones y á los westfalios tomar posicion en Kalisch; á los bávaros y al ejército de Italia ganar á Glogau, y, finalmente, á la Guardia escalonarse sobre el camino de Posen. Despues de marchar las tropas durante cinco ó seis dias debian descansar casi otros tantos. Siempre encargado el mariscal Davout de organizarlo todo, tenia orden de hacer moler á toda prisa los trigos de Danzick y de colocar en barriles la harina que resultara; de preparar al punto la navegacion del Frische-Haff y del Pregel; de terminar los puentes del Vístula, de formar en Thorn y en Elbing con los suministros de Prusia almacenes semejantes á los de Danzick; de ocupar bien á Pillau y la punta de Nehrun, y especialmente de estar muy á la mira de los movimientos de los rusos. Siempre el plan era que, si estos pasaban el Niemen y tomaban formalmente la ofensiva, se marchara en derechura á ellos con los ciento cincuenta mil hombres del mariscal Davout y los ochenta mil del rey Gerónimo. Si, por el contrario, no se movian los rusos, se debia mantener muy tranquilo, no presentando mas allá de Elbing avanzadas francesas, sino de prusianos, que desde Danzick á Königsberg estaban en su casa. Todo lo habia dispuesto Napoleon para partir á la primera señal en persona y llegar á su vanguardia con la celeridad de un correo. Por lo demas, una vez situado el mariscal Davout junto al Vístula, ya no era de temer una marcha precipitada de los rusos, y solo habia que formar un deseo, el de que se retardasen las hostilidades hasta que brotaran las yerbas.

Para asegurar todavia mas el cumplimiento de este deseo, despachó un nuevo correo á Mr. de Lauriston, con el fin de anunciarle este segundo movimiento y de inspirarle el lenguaje que debia usar con este motivo. Mr. de Lauriston tenia orden de decir que, habiendo sabido el emperador de los franceses la marcha de los ejércitos rusos hácia el Dwina y el Dnieper (pura invencion, pues ningun aviso le habia llegado sobre esto), se habia decidido á situarse junto al Vístula, por el temor de la invasion del Gran Ducado, pero que siempre tenia intencion de tratar manteniéndose sobre las armas, y aun de encontrar al emperador Alejandro entre el Vístula y el Niemen, y de arreglarlo todo, si era posible, en una conferencia amistosa, como la de Tilsit ó la de Erfurt. Para que se prestase crédito á estas disposiciones, se hallaba autorizado Mr. de Lauriston á declarar que las tropas francesas no pasarian el Vístula, y que si acaso se veian mas allá, por ejemplo hasta Elbing, algunos uniformes franceses, serian avanzadas de caballería ligera, encargadas del servicio de vigilancia, que en rededor de un gran ejército no se debia descuidar nunca.

De cuanto se acaba de referir que sucedia en Francia, se habia sentido vigorosamente el rechazo en San Petersburgo. La presencia de Mr. de Czernicheff, llegado el 30 de marzo con una carta amistosa de Napoleon, pero con impresiones diametralmente contrarias, pues habia hallado masas de tropas formidables por el camino, no era á propósito para atenuar las noticias recibidas de todas las partes del continente. El movimiento del mariscal Davout sobre el Oder, y mas allá de este rio,



la invasión de la Pomerania sueca, la requisición de los contingentes alemanes, el paso de los Alpes por el ejército de Italia, el anuncio positivo de los dos tratados de alianza con Prusia y Austria, acabaron de disipar las últimas vacilaciones del emperador Alejandro, y causándole, como á su corte, un pesar profundo, pues no se dudaba que sería terrible la lucha, y que, si no era venturosa, la grandeza de Rusia recibiría un golpe decisivo, igual al descargado ya sobre la grandeza de Austria y de Prusia. Con especialidad las noticias de los dos tratados, firmados por Prusia y Austria, revelaron al emperador Alejandro y al canciller de Romanzoff la inminencia del peligro. Enterado el emperador Alejandro muy exactamente de lo que pasaba en la diplomacia francesa, por infidelidades de origen desconocido, á pesar de muchas indagaciones, sabía que Napoleón hizo aguardar desde mucho antes á Prusia un tratado de alianza, á fin de no infundir demasiados recelos en San Petersburgo. Y pues se había resuelto á concluir este tratado, necesario era deducir que había abrazado su partido hasta el punto de no guardar ya miramientos. El disimulo de la corte de Viena acerca de sus compromisos, no podía engañar á Alejandro, perfectamente instruido de todas las transacciones europeas, y era irrisorio para quien presenciaba los apuros de Mr. de Saint-Julien, embajador de Austria en San Petersburgo. Efectivamente, éste se esforzaba por recatarse de todos, temiendo verse obligado á confesar los nuevos vínculos contraídos por su corte, ó quedar confundido si los negaba. Respecto de Prusia, menos osada en la mentira, lo había declarado todo. Ya di-

jimos que había enviado á Mr. de Knessebeck á San Petersburgo, para exponer al emperador Alejandro la triste necesidad en que se hallaba de tomar parte en la guerra y de ponerse al lado de Francia. Ora fuese que Mr. de Knessebeck estuviera autorizado por el monarca, ora que cediese á las pasiones nacionales, es la verdad que llevó mas allá sus confidencias. Dijo que el rey obraba mal de su grado, pues todos sus votos eran á favor de los rusos, y que no desesperaba de estar muy pronto en aptitud de unirse á ellos; que hasta era inevitable este suceso, si se procedía hábilmente, y con este motivo Mr. de Knessebeck, que era un oficial ilustrado, hizo oír consejos muy prudentes, muy funestos para nosotros, muy útiles para el czar, que no sabía á quien escuchar en medio de las opiniones militares de toda especie provocadas en torno suyo por la gravedad de las circunstancias. Le había aconsejado que no se expusiera á recibir el primer choque de Napoleón, sino que por el contrario atrajera á los franceses á lo interior de Rusia, y no los atacara hasta que estuvieran rendidos por el cansancio y por el hambre. Para cuando llegase este caso había prometido que toda Alemania se uniría á Rusia con el fin de acabar la ruina del osado invasor que desde doce años atrás desolaba á la Europa.

Si esto era una simple prevision de Mr. de Knessebeck, trasformada en consejos que le inspiraban sus sentimientos nacionales sin noticia alguna de su soberano, ó si estaba autorizado para llevar tan allá las excusas de Federico Guillermo cerca del emperador Alejandro, es cosa imposible de saber ahora, aun cuando poseamos la declara-



cion de Mr. Knesebeck, que fué quizá mas culpable despues que entonces, para blasonar de mas previsor y patriota que lo fué realmente. Sea como quiera, muchas cosas excusa la opresion bajo que vivia Prusia por aquel tiempo: sin embargo, sentiriamos que Mr. de Knesebeck hubiera tenido aautorizacion para usar tal lenguaje, y lo sentiriamos por la dignidad de un rey, que era un hombre de bien completo. Alejandro acogió con indulgencia harto altanera las explicaciones de Federico Guillermo, y con infinita atencion los hábiles consejos de su enviado; dijole que deploraba la determinacion de Prusia, pero que, defendiendo tanto la causa de Alemania como la de Rusia, no desesperaba de tener muy pronto á los soldados prusianos de su parte. Con Mr. de Saint-Julien mostróse menos indulgente. Despues de ocultarse por largo tiempo, ya no pudo evitar el encuentro del emperador Alejandro. Al principio negó la existencia del tratado de alianza, y al parecer no sin algun fundamento, pues su córte, para que mejor engañase, comenzó por mantenerle en engaño, haciendo que lo ignorase todo. Y si algo sabia no era sino por algunas confidencias de Mr. de Lauriston, quien le dijo mas de lo que hubiera querido saber. Trató, pues, de poner en duda la existencia del reciente tratado de Austria con Francia, alegando en apoyo que nada se le habia avisado de Viena, pero Alejandro le interrumpió inmediatamente. No negueis, le dijo, lo sé todo: personas intermedias y seguras, que nunca me han inducido á engaño, me han enviado copia del tratado últimamente firmado por vuestra córte: despues, enseñándosela á Mr. de Saint-Julien confundido, aña-

dió que estaba profundamente asombrado de la conducta seguida por Austria, y que la consideraba como un verdadero abandono de la causa europea; que no era él solo quiense hallaba interesado en esta lucha, sino todos los príncipes que apetecian conservar una sombra de independenciam; que mientras no habia visto en la alianza francesa mas que á los pequeños príncipes alemanes, colocados bajo la mano de Napoleon, y aun á Prusia, privada de todas sus fuerzas, no habia experimentado ni sorpresa, ni desaliento, pero que la accesion de Austria á esta especie de liga no podia menos de confundirle y de conmoverle en sus mas firmes resoluciones; que solo no podia defender á Europa; que, puesto que se le abandonaba, seguiria el ejemplo de todos, entrando con Napoleon en tratos; que al cabo saldria menos perdidoso que los demas de esta sumision universal, hallándose lejos de Francia, siendo poco lo que Napoleon le pedia, y pudiendo salir del paso con algunas mortificaciones de amor propio; y que, pasadas estas mortificaciones, quedaria tranquilo y aun independiente por la distancia, mientras los demas serian esclavos. Al pronunciar Alejandro estas palabras, mostrábase conmovido, airado, y habia algo de menosprecio en su actitud y en su lenguaje. A estar Mr. de Saint-Julien menos sorprendido y menos turbado, le hubiera podido responder que en 1809 no escrupulizó Rusia declarar la guerra á Austria, sin curarse de la independenciam de Europa, y que, si hoy llamaba á todos á la resistenciam, consistia en que, en vez de llegarle á ofrecer los despojos de sus vecinos, se le exigia el sacrificio de su comercio á la politica maritima de Fran-



cia, de cuyas resultas empezaba á ver la independencia de Europa en peligro. Mr. de Saint-Julien, que pertenecía á aquella vasta parcialidad aristocrática esparcida por todo el continente y animada contra Francia de un odio profundo, no supo excusarse mas que alegando su ignorancia, y prometió que dentro de poco tendria que dar esplicaciones satisfactorias. Fáciles de prever eran estas explicaciones como reducidas á que no se debía considerar formal la alianza con Francia, que se habia concluido á la fuerza, y que en esta nueva guerra no se haria mucho daño á las armas rusas (1).

De consiguiente, el emperador Alejandro no conservaba la mas leve duda sobre el desenlace de esta crisis, y consideraba del todo imposible un ajuste amistoso. Resuelto estaba, sin embargo, de acuerdo con Mr. de Romanzoff, siempre muy adicto á la política de Tilsit, á no tomar la iniciativa de las hostilidades, y á reservarse de este modo la única eventualidad de paz que aun quedaba, si, contra todas las verosimilitudes, solo se habia armado Napoleon para negociar sobre las armas. Su proyecto era mantener sus avanzadas junto al Niemen, sin pasar este rio, sin llegar siquiera á su curso por el contorno de Memel, donde la orilla izquierda pertenecía en parte á Prusia, y respetar así escrupulosamente el territorio de los aliados de Napoleon. Algunos espíritus exaltados, con especialidad entre los refugiados alemanes al

(1) Hablo á tenor del mismo despacho de Mr. Saint-Julien, llegado á conocimiento del gobierno francés, y escrito con un pesar de la alianza, que prueba su sinceridad.

servicio de Prusia, aspiraban á empujar á Alejandro hácia adelante, y le aconsejaban que invadiera, no solamente la Vieja Prusia, sino tambien el Gran Ducado, siempre con el designio de agrandar el desierto que se trataba de crear ante los pasos de Napoleon. Negóse el czar á ello, y halló acordes con él á su familia, á su córte y á su nacion, pues si no se queria sufrir el yugo de Napoleon, tampoco se deseaba precipitar la guerra con tan formidable adversario. Tomó, pues, el partido de aguardar todavía un acto, no ya mas significativo, pero sí mas agresivo que la marcha de los franceses sobre el Vístula, para partir de San Petersburgo. En las últimas entrevistas que con Mr. de Lauriston tuvo, no disimuló ninguno de sus sentimientos, y muchas veces se le escaparon algunas lágrimas al hablar de la guerra que creia segura, y de la coacción á que se le queria sujetar contra toda justicia, contra el tratado de Tilsit, que no decia nada de esto, á renunciar á todo comercio con los neutrales. Repitió que nada tenia que ver con los decretos de Berlin y de Milan, expedidos sin consultarle; que solo estaba comprometido á mantener el estado de hostilidad contra Inglaterra, á cerrar sus puertos, compromiso que cumplia mejor que Napoleon con su sistema de las licencias, y que exigir mas equivalia á pedirle lo imposible, á reducirle á la guerra, que haria de mal grado, como en su manera de ser podia verse, pero que la haria terrible y á la desesperada luego que se le obligase á desvainar el acero.

Preocupado de continuo con las noticias procedentes de las fronteras, que aguardaba ver traspuertas de un momento á otro, preguntó á Mr. de



Lauriston, si por acaso tenia facultad para suspender el movimiento de las tropas francesas. Mr. de Lauriston, que sobre este punto no estaba autorizado mas que á precaver el paso del Niemen por los rusos, no se explicó á las claras, si bien contestó que por sí enviaria aviso á las avanzadas francesas, para tratar de detener su marcha, si se presentaba alguna proposicion que mereciese ser trasmitida á París. Comprendiendo el emperador Alejandro por la vaguedad de este lenguaje que Mr. de Lauriston no podia gran cosa, repuso que al cabo era muy natural que Napoleon, cuyos designios estaban siempre muy bien calculados, no hubiese dejado á un embajador suyo el arbitrio de detener los movimientos de sus ejércitos, y pareció renunciar completamente á este recurso extremo. Mr. de Lauriston le estrechó mucho para que, si no enviaba á Mr. de Nesselrode, respondiese á lo menos al paso que Napoleon habia dado por medio de Mr. de Czernicheff, despachando á alguno con instrucciones, con poderes, y una carta que se debia á Napoleon en todo caso, pues habia escrito primero. Como importunado Alejandro por tal instancia, que satisficiera instantáneamente de considerarla propia á salvar la paz, respondió que á alguien enviaria sin duda, pero que de nada serviria este paso y que no habia probabilidad alguna de negociar con fruto, pues ciertamente para negociar no habia Napoleon removido tales masas de hombres y lleváolas tan lejos.

Efectivamente, para no incurrir en falta y no quedar con sentimiento, Alejandro se determinó á escribir á Napoleon una carta en respuesta de la que Mr. de Czernicheff habia llevado, carta triste,

dulce, pero ativa, en la cual manifestaba que en todas las épocas habia querido arreglarse de una manera amistosa, y que algun dia testificaria al mundo lo que habia hecho por conseguirlo; que despachaba al principe Kourakin poderes para negociar, poderes que á mayor abundamiento siempre tuvo este personage, y que deseaba ardentemente que sobre las nuevas bases indicadas se pudiese llegar á un pacifico acomodo. Mr. de Serdobin debia ser el portador de este último mensaje. Las condiciones, que estaba encargado de trasmitir al principe Kourakin, eran de aquellas que se proponen cuando ya no se espera nada y solo se procura salvar el decoro. Alejandro estaba dispuesto, decia, á entrar en negociaciones y á tomar por Oldenburgo la indemnizacion que se le ofreciera, fuese la que fuese; á introducir en el ukase de diciembre de 1810, de que se quejaba la industria francesa, tal cambio que fuese compatible con los intereses rusos; hasta á examinar si el sistema de comercio imaginado por Napoleon podia ser adoptado en Rusia, bajo condicion de que no se pediria la exclusion absoluta de los neutrales, americanos sobre todo, y de que se evacuaria la Vieja Prusia, el ducado de Varsovia y la Pomerania sueca. En este caso comprometiase Alejandro á desarmar inmediatamente y á tratar de un modo pacifico y amistoso de cuantos puntos originaban las cuestiones entre ambas potencias.

Hablar á Napoleon de un movimiento retrógrado era cosa que no se ensayara, si se hubiese creído que deseaba negociar en París formalmente. Pero Alejandro y Mr. de Romanzoff no conservaban ya esperanza alguna, y si enviaron á Mr. de



Serdobin, fué de resultas de las vivas instancias de Mr. de Lauriston, quien probaba los últimos esfuerzos por salvar la paz, aun no teniendo tampoco ni una luz de esperanza. Cerca de un mes habia trascurrido desde la llegada de Mr. de Czernicheff, cuando el 8 de abril partió Mr. de Serdobin de San Petersburgo. Algunos dias mas pasó el emperador Alejandro en agitacion extremada, y durante este tiempo la sociedad rusa, que comprendia sus sentimientos, y los apoyaba respetuosamente, esmerábase en tratar á los franceses con miramientos en todas partes, en no provocarlos, en no mostrárseles ni jactanciosos ni asustados, y en acreditarles solo una resolucion tomada con pesadumbre, pero firme.

Aun no se habia contraido compromiso con Inglaterra, bajo la idea vigorosamente fija de mantenerse libre, y de no aventurar ningun paso que pudiera hacer la guerra inevitable. Mas por medio de Suecia se entablaron tratos indirectos, que produjeran una avenencia en el instante en que ya no hubiese que guardar contemplaciones. Llegado ó próximo á llegar este instante, puesto que Napoleón no habia vacilado en concluir sus alianzas con Prusia y Austria, Alejandro hizo partir á Mr. de Schutelen para Estokolmo, á fin de tratar con Mr. Thorton, agente inglés enviado á esta capital, y acordar juntos, no solamente las condiciones de la paz con Inglaterra, sino las de una alianza ofensiva y defensiva, bajo el concepto de una guerra á muerte contra la Francia.

Sirviéndose de la mediacion de Suecia, necesitábase al cabo entenderse con ella sobre lo que le concernia, y optar entre su alianza íntima ó su

hostilidad declarada, pues con tanta premura exigia el príncipe Bernadotte, que, sin estar aun revestido de la autoridad real, la ejercia, una respuesta á sus proposiciones. Largo tiempo habia titubeado Rusia en comprometerse con la córte de Estokolmo, porque aun no queria estar ligada, porque consideraba como gravísimo despojar á Dinamarca en provecho de Suecia, porque finalmente no tenia confianza en el carácter del nuevo príncipe real, pues, fiel ó traidor hácia su antigua patria, merecia igualmente que se le mirase con recelo. Sin embargo, la urgencia hacia que se desvanecieran estas razones. Ya no habia que guardar miramientos: ya no habia que contemplar á Dinamarca, tratándose de ser ó no, ser para el imperio ruso, y en cuanto á las verdaderas relaciones de Bernadotte con Francia, la ocupacion de la Pomerania sueca por las tropas del mariscal Davout acababa de ponerlas en completa evidencia. Por consiguiente el 5 de abril (24 de marzo para los rusos) concluyó el emperador Alejandro un tratado con la córte de Estokolmo, segun el cual le concedia el objeto ardiente de sus votos, es decir, la Noruega. En este tratado, destinado á permanecer secreto, se garantizaban las dos potencias sus posesiones actuales, es decir que Suecia garantizaba á Rusia la Finlandia, y sancionaba así su desposesion propia. En cambio Rusia prometia á Suecia ayudarla á conquistar á Noruega en lo presente y á conservarla en lo venidero. Para el cumplimiento de estas miras comunes, debia Suecia reunir un ejército de treinta mil hombres, y de prestarle otro de veinte mil la Rusia: al frente de estos cincuenta mil hombres el príncipe real habia



de invadir primeramente la Noruega: consumada esta operacion, que se tenia por muy fácil, obligábasele á bajar á cualquier punto de Alemania para coger de revés á las tropas francesas. Se sobreentendia que los subsidios y las tropas de Inglaterra concurririan á esta diversion formidable: Respecto de Dinamarca, despojada tan prestamente, se debia dar un paso de cortesia, avisarla de lo estipulado, ofrecerla prestarse á ello mediante una indemnizacion en Alemania, que no se designaba, pero que no podria dejar de proporcionar la futura guerra. Si no consentia Dinamarca en una proposicion presentada en tal sentido, se le debia declarar hostil al instante, y como se podia dudar del efecto de este tratado en la opinion de Europa, y aun en la de Suecia, que era honrada y amiga de Francia, acordóse, sin escribirlo, que el gabinete sueco empezaria por declarar, no su alianza con Rusia, sino su neutralidad respecto de las potencias beligerantes. De la neutralidad pasaria despues al estado de guerra contra Francia.

Para Alejandro la cuestion mas importante era la paz con los turcos. Por virtud de la persistencia con que se les exigia una parte de su territorio, rompieron las negociaciones y renovaron las hostilidades. Razon decisiva para los turcos sobre no ceder nada, fué la certidumbre de una próxima guerra de Francia con Rusia. No obstante, se obstinaban en no ser nuestros aliados, porque el resentimiento de la conducta observada en Tilsit no se habia borrado de su alma, aunque la nueva politica de Francia era de indole propia á desagradarla. Su anhelo se reducía á aprovechar la ocasion para salir indemnes de esta guerra, sin mos-

trarse parte en la disputa que se iba empeñar entre dos potencias, á las cuales tenian la imprevision de aborrecer á la sazón en el mismo grado. Nada podia ser mas funesto para Rusia que una continuacion de hostilidades contra los turcos, pues independientemente de un ejército de sesenta mil hombres sobre las armas, lo cual no suponía menos de cien mil efectivos, veíase obligada á mantener otro de cuarenta mil á las órdenes del general Tormasof, para que las fuerzas del Dwina y el Dnieper se dieran la mano con las del Danubio. Recuperar la disponibilidad de estos dos ejércitos era de importancia suma, cualquiera que fuese el plan de campaña que se adoptase. En torno de Alejandro fermentaban las cabezas, tanto entre los generales rusos como entre los oficiales alemanes, que por librarse de la influencia de Napoleón se habian refugiado en su corte. Todos los dados á quimeras juzgaban posible invadir la Iliria y la Italia con dichos cien mil rusos, arrasirar al Austria, y preparar quizá la ruina del imperio francés en desquite de la agresion intentada por Napoleón contra Rusia. A su vez este resultado era casi seguro, si se firmaba sin dilaciones la paz con Turquía, y si se llevaba la avenencia hasta una alianza. Sin aspirar á resultados tan extensos pensaban los espíritus mas prácticos que los cien mil hombres, trasladados del Danubio al Vistula y cogiendo de flanco á los franceses, bastarian para cambiar la suerte de la guerra. Alejandro que, á fuerza de ocuparse en combinaciones militares, habia llegado á adquirir ideas exactas sobre la materia, se inclinaba á este último dictámen. A su lado tenia un hombre, que por sus opiniones casi libera-



les, y por su talento brillante y vivaz le agradaba sobremanera y de quien esperaba eminentes servicios; era el almirante Tchitchakoff. En el fijó los ojos para encargarle de una mision importante en Oriente, y la eleccion estaba bien entendida, porque el almirante era idóneo tanto para la parte práctica como para la parte quimérica del papel que se le destinaba en aquella comarca. Alejandro le dió el mando inmediato del ejército del Danubio y el mando eventual del ejército del general Tomasof, actualmente en Volhinia; le encargó hacer en Turquía la paz ó la guerra, le autorizó para prescindir de una porcion de exigencias rusas, para contentarse, por ejemplo, con la Besarabia, tomando el Pruth por frontera en vez del Sereth, para negociar á este precio, no solo la paz, sino una alianza con los turcos, para atacarlos de pronto, si, por el contrario, no lograba hacerlos entrar en la politica rusa, para caer finalmente sobre ellos y arrancarles con un acto vigoroso lo que no se alcanzara por la via de las negociaciones, para apoderarse quizá de Constantinopla, y para tornar en seguida con los turcos ó sin ellos y lanzarse ó sobre el imperio francés por Layback ó sobre las tropas francesas por Lemberg y Varsovia. La brillante imaginacion y el valor intrépido del almirante se acomodaban á estos papeles tan diversos como azarosos.

En medio de estas resoluciones, que interrumpian ó precipitaban las noticias que iban llegando, crecia la ansiedad en San Petersburgo, cuando apareció de repente un empleado de la legacion rusa, Mr. Divoff, enviado de París por el principe Kourakin para dar cuenta de un incidente funesto,

y de fresca data. Al salir de París Mr. de Czernicheff olvidó harto imprudentemente en su habitacion una carta, que comprometia de la manera mas grave á un empleado del ministerio de la Guerra, el que le habia vendido parte de los secretos de Francia. Esta carta, puesta en manos de la policia, reveló todos los manejos de que Mr. de Czernicheff se habia valido para corromper la fidelidad de las oficinas. Por consecuencia de las indagaciones de la policia fué preso uno de los criados de la embajada rusa, y negada su libertad al principe Kourakin, quien la reclamaba en nombre de los privilegios diplomáticos sin fruto. Abrióse proceso y todo auguraba que se cortarían una ó mas cabezas por este crimen de traicion, que, respecto de los agentes franceses, no admitia excusa ni indulgencia. Pero lo mas grande era que Mr. Divoff, portador de los documentos de este asunto desagradable, habia encontrado las tropas del mariscal Davout mas allá de Elbing. No era el pliego de que estaba encargado, por grave que fuese, lo que produjo en San Petersburgo una emocion decisiva, sino el hecho de que llevaba noticia tras de verlo con sus propios ojos. Tanto los parciales antiguos y fogosos de la guerra, como los modernos y resignados opinaron que Alejandro no se podia ya dispensar de dirigirse á su cuartel general, y que aun asi apenas llegaria quizá á tiempo de estar entre sus tropas cuando los franceses pasaran el Niemen; que ya no cabian dilaciones; que hasta para evitar imprudencias convenia que se hallara presente, pues tan animados estaban los generales rusos en el ejército de Lituania que eran capaces de aventurar algun